

cha carta se escribe, allende de los tormentos y muertes de los santos. Puestos en tanta gloria, habiendo tantas veces dado testimonio de su fe, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las láminas de fuego ardiendo, no se olvidaban del ejemplo de Cristo, que siendo por naturaleza igual al Padre, y de la misma majestad y gloria, se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitación ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban mártires, ni consentían ser así llamados. Y si alguno por carta ó de palabra así los llamaba, reprehendíale, diciendo que tal título á solo Jesucristo pertenecía, que solo fué hallado fiel testigo de la verdad, y es primogénito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que á otros se pueda comunicar este apellido, á aquellos conviene que por firme confesion merecieron partirse desta vida, y llegar á la gloria. Pero nosotros (decían ellos), viles y necesitados, deseamos que siquiera la confesion de la fe permanezca en nuestro corazon y lengua. Y así pedían á los otros hermanos, que rogasen á Dios por ellos, para que mereciesen alcanzar las insignias de perfectos mártires. Así que, tanta era su humildad, que siendo verdaderamente mártires, no presumían gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se habian: á los cuales mostraban la generosidad de su ánima, desdenando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Así que, eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnánimos: á los suyos mansos, y á los adversarios terribles; á Cristo sujetos, al diablo y á sus oficiales altivos; humillándose debajo de la poderosa mano de Dios, que agora los ensalza. Abonaban á todos, acusaban á ninguno, á todos excusaban, y á ninguno condenaban, y por sus perseguidores hacían oracion con las palabras de su alférez Sant Estéban (f): Señor, no les cuentes este pecado. Lo cual encendía mas el coraje del demonio, para hacerles mas cruda guerra; porque por la ardiente caridad que con Cristo tenían, alcanzaban dél virtud para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenía tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, así ellos se habian con los tales, regalándolos, mostrándoles compasion, derramando por ellos arroyos de lágrimas al todopoderoso Señor, suplicándole los perdonase; y así se cumplía. Porque no se tenían por dichosos en ir solos á aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenían por cumplida la corona de su martirio, considerando que quedaban captivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia habia arrebatado el enemigo.

CAPITULO XXIV.

Si guese otra persecucion que padescieron los fieles en Persia en tiempo del rey Sapor; en la cual padesció Simeon, obispo de Seleucia, y Ustazádes, varon excelente, y otros santos sacerdotes.

En tiempo del religioso emperador Constantino fué acusado falsamente ante Sapor, rey de los Persas, Simeon, obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del Emperador romano, y que le descubria los secretos de su reino. Y dando él crédito á sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos á todos los cristianos que hubiese en su reino, no obstante que era informado que muchos dellos habian dejado sus bienes y guardaban pobreza voluntaria, y ponian sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tiranía de los alcabaleros

(f) Actor. 7.

dejasen la religion cristiana. Despues creciendo su crueldad, pasó á cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las iglesias, y aplicó al comun de los pueblos los vasos y joyas que tenían; lo cual ejecutaban los encantadores. Despues mandó parescer ante sí á Simeon, como traidor al reino y religion de los Persas, atado con fuertes cadenas; donde gloriosamente mostró su fortaleza y magnanimidad. Porque mandándole el Rey parescer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir á su presencia, mas viniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo cual el Rey con ira le preguntó, cómo no le habia hecho reverencia como otras veces solia; á lo cual respondió Simeon: Hasta agora no venía preso para negar, ó afirmar la fe de mi Dios, y como sobre esta razon no habia entónces debate, cumplia la ceremonia que al Rey se debe por las leyes del mundo; mas agora ya no es lícito, porque no parezca que te hago reverencia en ofensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el Rey adorar al sol, y prometiéndole si lo hacia grandes mercedes, y si no lo hacia la muerte suya y de todos los cristianos que habia en su reino. Y como no pudiese moverle con fieros, ni ablandarle con promesas, mas fuertemente perseverase en no querer adorar al sol, mandóle volver á la cárcel, creyendo que por la larga prision se doblegaría á consentir lo que le era mandado. Y llevándole á la cárcel, un viejo estaba sentado á la puerta de palacio, el cual en su niñez habia criado á Sapor, y era entónces mayor-domo de su casa, llamado Ustazádes. Este viendo salir á Simeon por la puerta, hizole cortesía; pero Simeon reprehendiéndole agriamente á voces, y volviendo la cabeza con desden se partió dél. Esto hizo, porque siendo Ustazádes cristiano, poco ántes por la fuerza de los tormentos habia consentido en adorar el sol. El cual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traía, y vistióse de jerga, y tornóse á asentar á la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decía: ¡Ay de mí! ¿Cómo creeré que se habrá Dios conmigo, á quien he ofendido, cuando Simeon, mi amigo tan entrañable, así me menospreció, y me volvió el rostro? Y como esto oyese Sapor, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura habia acaescido algun desastre en su casa. Ustazádes respondiendo, dijo: ¡Oh Rey! ningun infortunio ha venido á mi casa; mas pluguiera á Dios que en lugar de lo que me ha acaescido, vinieran sobre mí todas las adversidades, y todas las afliciones de los hombres. Antes lloro porque vivo; que muchos dias ántes debiera morir. Veo al sol, al cual por obedescerte, adoré contra mi intencion. Por lo cual dos veces merezco la muerte: una porque te engañé, siendo mi rey, y otra porque fui cobarde y desleal á mi Dios y Señor Jesucristo, que solo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto, juró por el Criador del cielo y de la tierra, que de ahí adelante no mudaría su sentencia. Sapor maravillándose de la constancia de aquel hombre, mucho mas se encruelcsció contra los cristianos, creyendo que con hechicerías y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entónces al viejo, procuraba unas veces con halagos, otras con amenazas traerle á lo que queria. Y como nada aprovechase, prometiéndole Ustazádes que nunca sería tan loco que dejado el Criador de todas las cosas, adorase una de sus criaturas, movióse el Rey á gran furor, y mandó que fuese degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al

verdugo que esperase un poco, miéntras enviaba una embajada al Rey. Y dándole lugar llamó á uno de sus fieles criados, y díjole: Di á Sapor estas palabras en mi nombre: Por el favor que hasta agora tuve en tu casa, ¡oh Rey! sirviendo lealmente á tí y á tu padre (para lo cual no tengo necesidad de mas testigos que á tí), y por todos los servicios que á tu estado y casa hice en los tiempos pasados, te suplico me hagas esta merced; porque ninguno de los que no saben mi causa, piense que soy castigado como traidor, ó deservidor, ó enemigo del Rey; mas á todos sea manifiesta la justicia de mi condenacion, mandes que elregonero haga saber á todos que Ustazádes es degollado, no por traidor ni enemigo de su rey, sino porque confesó que era cristiano, y no quiso por mandamiento del Rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Así lo dijo el mensajero, y así lo mandó el Rey que se pregonase, creyendo que con esto podría retraer á muchos de la cristiandad, teniéndose por averiguado que á nadie perdonaría, pues mandaba degollar á su ayo y criado antiguo de su casa, y su fiel y aficionado servidor. Allende desto Ustazádes hizo que muy especificadamente declarase elregonero la causa de su muerte; porque viendo que cuando primero por miedo de la pena adoró el sol, habia acobardado á muchos cristianos, quiso remediar el escándalo que les habia dado; para que oyendo que moría por la fe, ellos tambien se confirmasen en ella, y remedasen su fortaleza. Y desta manera el varon fuerte Ustazádes acabó su glorioso martirio.

CAPITULO XXV.

Del martirio de Simeon con otros muchos (cuasi diez y seis mil) que fueron muertos en el reino de Sapor por maliciosas acusaciones de los agoreros.

Simeon sabiendo en la cárcel lo que habia pasado, cantó por ello himnos y loores á Dios. Otro dia siguiente, que era el viérnes de la semana sancta (en que se celebra la sagrada memoria de la pasion de nuestro Salvador), determinó el Rey matar á Simeon, porque sacándole de la cárcel, y trayéndole á palacio, hablaba á Sapor osadamente de la verdad de la fe, y no consentía en adorar al sol, ni al Rey. En el mismo dia se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos: primero á todos estos, y despues al viejo Simeon, para afligirle con ver tantas muertes de sus hermanos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros clérigos de menores órdenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino allí el principal de los agoreros, y preguntóles si querian vivir y obedescer al Rey, y adorar al sol. Y como ninguno dellos escogiese la vida con tal condicion, comenzaron los verdugos á emplear sus espadas en las cabezas de los santos. A los cuales Simeon esforzaba, llegándose cerca de cada uno, y trayéndole á la memoria la fe, y la certidumbre de la resurreccion. Y con los testimonios de la sagrada Escritura los avisaba, que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar á Cristo, la verdadera y irremediable muerte. Por tanto, que sufriesen con paciencia la muerte; pues dende á pocos dias habia de venir la muerte de la carne, sin que la trajese ajena crueldad. Porque este es el fin de todos los nascidos, que no se puede excusar; despues del cual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los dias que aquí vivieron, y recibirán galardón por

lo bien hecho, y castigo por las ofensas cometidas. Y entre todos los servicios que á Dios se pueden hacer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitán á sus caballeros, y así á cada uno enviaba informado, cuando le venia la hora de su encuentro. Y como el cuchillo pasase por los cuellos de todos ciento, á la postre llegó á Simeon, y á Abecla, y á Ananías; los cuales ambos honrados viejos habian sido juntamente presos, y detenidos en la cárcel con el obispo Simeon, con quien ántes habian tenido compañía en su iglesia; y así en la muerte no se apartaron dél. Estaba entre otros presente á los tormentos Pusicio, principal caballero entre los criados del Rey; el cual viendo á Ananías temblar, cuando le ataban para le degollar, díjole: ¡Oh viejo! cierra un poco los ojos, y asegúrate, que presto verás la cara de Cristo. Y en diciendo esto, arrebatadamente fué preso, y llevado al Rey, y denunciado que era cristiano, y que osadamente habia hablado en favor de los mártires. Al cual el Rey mandó matar con crueldad extraña, y de forma nunca oída; ca le mandó abrir la cerviz, y sacarle por allí la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron á su hija, vírgen religiosa, que era cristiana; y luego padesció martirio. Pero ¿cómo podré referir tantos mártires como padescieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades, y aldeas, y cortijos; y otros de su voluntad se presentaban, por no parescer que callando negaban la fe. Y desta manera matando generalmente á todos, y á nadie perdonando, murieron muchos de la casa del Rey, de los cuales fué uno Azánis, que era su muy querido y familiar. De lo cual se entristeció mucho el Rey, y templó la sentencia que tenia dada contra los cristianos, mandando que de ahí adelante no se matasen sino solo los sacerdotes y doctores de la ley de Cristo. Luego los agoreros y pontífices de los templos rodearon todo el reino, buscando los doctores y maestros de los cristianos, y prelados de las iglesias, y trajeron muchos, mayormente de la region de los Adiabenos, donde habia gran número de cristianos. Entre otros hallaron á Acepsema, obispo, con muchos de sus clérigos, y contentáronse con traer preso al Obispo, y á los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió á Acepsema Jacobo, sacerdote de Ponto, porque rogó á los agoreros, y alcanzó dellos que juntamente le llevasen atado. Y estando en compañía del viejo, le servia como podía, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo cuanto le era posible, hasta que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzándole á adorar el sol. Pero viendo su resistencia, volviéronle á la cárcel. Dende á algunos dias el príncipe de los agoreros consultó al Rey, qué debía hacer de los presos que eran muchos, sacerdotes y diáconos. Y recibida comision, que si no quisiesen adorar al sol, hiciese dellos lo que quisiese, enviélos á la cárcel la provision real. A la cual llanameamente respondieron todos, que no harian tal traicion á Dios, que adorasen la criatura por el Criador. Por lo cual todos fueron juntamente azotados, y algunos espiraron entre los azotes: uno de los cuales fué el sobredicho Acepsema, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos armenios, que á la sazón estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fueron vueltos á la cárcel. Uno dellos era Aitalas, á quien descoyuntaron los brazos

tanto, que parecia que traía las manos muertas, y otros le llevaban el manjar á la boca. En este tiempo padesció Marea, y Bicolor, obispo, con cuasi docientos y cincuenta clérigos, que fuéron presos juntamente con él. Item Melisio, el cual primero anduvo en el ejército de los persas, y despues de convertido á Cristo, siguió la vida apostólica. Y despues siendo ordenado obispo en una ciudad de Persia, padesció allí primero muchas injurias y fatigas, y fué muchas veces azotado y arrastrado. Y como no pudiese acabar con alguno de aquella ciudad que fuese cristiano, angustiado en gran manera, maldijo la ciudad y dejola, sacando solamente una talega con un libro de los Evangelios. Y fué primero á visitar la casa sancta de Hierusalem, y despues á ver los monjes de Egipto, donde conversó con ellos loablemente, segun dan testimonio los siros que escribieron su vida. Dende á poco tiempo, para que se ejecutase la maldicion del Obispo, los principales de la ciudad de su obispado ofendieron al Rey, por lo cual envió su ejército con trescientos elefantes á destruirla; y así la dejaron desierta para ser sembrada. Acaesció en este tiempo que la Reina, mujer de Sapor, cayó enferma, y por malos consejeros fué presa una hermana del obispo Simeon, de quien arriba contamos, llamada Tarbúa, con una su criada. Y fuéron acusadas que habian dado hechizos á la Reina; por lo cual fuéron sentenciadas á muerte. Y no solamente Tarbúa padesció combate en su fe, mas tambien en su castidad, porque era muy hermosa, y cobdiciada por los agoreros. Por lo cual uno dellos le prometia en arras de su virginidad su misma vida. Pero ella por los dulces y engañosos halagos volvió injurias y denuestos, no pudiendo sufrir aun oír palabras deshonestas. Y alegremente sufrió el martirio muy cruel; porque á ella y á su servidora ataron á sendos palos, y las aserraron por medio, y hicieron pasar á la Reina por medio de los palos, para deshacer los hechizos. Finalmente en el reino de Sapor padescieron otros muchos obispos, sacerdotes, diáconos, monjes y vírgines consagradas, y muchedumbre de otros estados, cuyo número se cree que fué casi diez y seis mil, los cuales peleando varonilmente por la verdad, alcanzaron la palma de glorioso triunfo.

Aquí pues tiene el piadoso lector largo campo en que espaciar su entendimiento, considerando la fe y constancia admirable destes fidelísimos caballeros, y la lealtad que guardaron hasta la muerte con su Criador. Mas entre tantas consideraciones como sobre esta materia se pueden hacer, una sola apuntaré, que es advertir á los cristianos que viven con descuido de sus ánimas y de la guarda de los mandamientos divinos, que vean lo que responderán el día de la cuenta, cuando aquel juez soberano entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no quisieron ganar el reino de los cielos con la guarda de diez mandamientos, mostrándoles él un ejército de innumerables mártires, viejos y mozos, hombres y doncellas, que lo compraron con la muerte y despedazamiento de todos sus miembros.

CAPITULO XXVI.

El martirio de Sant Policarpo, discípulo de Sant Juan Evangelista y obispo de Esmirna, referido por Eusebio en el cuarto libro de la Historia Eclesiástica.

El glorioso martirio de Policarpo escribieron los fieles de la ciudad de Esmirna á otros fieles en esta forma. La iglesia de Dios que está en Esmirna, á la iglesia de Dios

llegada en Filomelio, y á todas las sanctas iglesias católicas, que por toda la redondez de la tierra están fundadas, ruega que se multiplique sobre ellas su misericordia, paz y caridad de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo. Quesimos os escribir, hermanos, de los sanctos mártires, especialmente del bienaventurado Policarpo, que con su glorioso martirio echó el sello á sus primeras virtudes. Y despues de pocas palabras dice así: Los crueles verdugos y oficiales de la maldad, por espantar al pueblo que al rededor estaba, abrian los cuerpos de los mártires con azotes que les calaban hasta las entrañas, y las partes del cuerpo que la naturaleza tenia escondidas, se descubrian. Otras veces fregaban sobre sus cuerpos puestos boca arriba conchas de los rios, y pedazos de tejas, y de otras cosas duras, y despues que acababan en ellos todas artes de tormentos, dejábanlos solos para que las crudas fieras los comiesen. Entre los cuales se señaló el varon fortísimo Germánico, el cual por virtud de la gracia divina venció todo el temor de la humana flaqueza. Porque queriendo el Gobernador atraerle primero por raz nes, poniéndole delante la flor de su juventud, y amonestándole que hubiese compasion de sí mismo, él de su gana apresuradamente provocaba la fiera que para él estaba aparejada, como denostando á la muerte que se detenia, y deseando de corazon salir lijeramente desta miserable vida. Y como por la muerte deste tan esclarecido, toda la compañía de los cristianos tomase mayor brio para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedase espantado, sonó un grande alarido: Mueran los inieles, búsquese Policarpo. Por la cual grita succedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo pues Policarpo que todo el pueblo se habia levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, segun era mesurado en su semblante y sosegado en sus obras, y de su voluntad esperara dentro en la ciudad como caballero esforzado. Mas condescendiendo á los ruegos de sus amigos, apartóse á una casería cercana, donde de día y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro ejercicio, sino en oraciones, suplicando á Dios por la paz de las iglesias do quiera que estuviesen, segun que por toda su vida acostumbraba hacer. Y estando en oracion tres dias ántes que fuese preso, vió de noche durmiendo que la almohada de su cabecera se consumia con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño diciendo, que sin duda saldria desta vida por tormento de fuego, por la confesion de la fe. Sabiendo pues que andaban pesquisando por él, compelido por ruegos de sus hermanos se pasó á otro lugar, donde no mucho despues entraron los alguaciles. Los cuales hallaron luego dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió do estaba Policarpo, y así entraron cerca de la noche en la casa do estaba en lo alto della descansando. Y pudiera fácilmente pasarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cúmplase la voluntad de Dios. Y salió á recibir á los que le venian á prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se maravillaron. Pero mucho mas se espantaron pensando qué causa podia haber porque un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El sancto viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos, como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, piéndoles que entre tanto le diesen una hora de espacio

para hacer oracion. La cual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mismos que le prendian se dolian, porque era mandado llevar á la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba á Dios en su oracion, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquellos de quien al presente se pudo acordar, grandes y pequeños, y á toda la Iglesia católica derramada por todo el mundo. Y acercándose ya el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y así fué hasta la ciudad en un día de fiesta. Donde llegando, le salió á recibir el prefecto de la paz, llamado Heródes, y su padre Nicestas; los cuales le bajaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le halagaban diciendo: ¿Qué mal hay en decir que César es dios, y ofrecerle sacrificios, y de ahí adelante vivir seguramente? Lo cual él oyó primero callando; pero viendo que porfiaban, díjoles: ¿Por qué perdemos tiempo? No tengo de hacer lo que decís. Ellos visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella via, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pié. Mas como si ninguna injuria hubiera recibido, con toda serenidad caminaba al tablado, adonde le mandaron que fuese. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurria, y luego sonó una voz del cielo, que dijo: Esfuérate, Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió quién la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba viendo que á Policarpo querian castigar. Y como el Presidente le preguntase si era Policarpo, respondió que sí. Dijo el Presidente: Pues ten respecto á tu edad, y compasion de tus canas, muda la sentencia, y consiente en la divinidad del César, y injuria y blasfema á Cristo. Policarpo entonces dijo al Presidente: Ochenta y seis años há que sirvo á Cristo, y nunca mal me hizo; pues ¿cómo podré maldecir y blasfemar á mi Rey y Señor que me crió y me conserva hasta agora la vida? Y como le porfiase instantísimamente que jurase la divinidad del César, dijo: ¿Por ventura quieres ganar honra conmigo, en tenerme á tu voluntad, y disimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quién soy: Cristiano soy. Y si quisieres que te declare las condiciones del cristiano, determina tiempo en que me oyas. El Presidente dijo: Acáballo con el pueblo. Policarpo respondió: Básteme habértelo dicho; porque somos enseñados á tener acatamiento á los príncipes y jueces que por Dios mandan en aquellas cosas que no fueren contrarias á virtud; al pueblo desvariado no tengo para qué satisfacer. El Presidente dijo: Aparejadas tengo las fieras para echarte á ellas, si prestamente no te arrepientes y mudas el propósito. El respondió: Ya pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es buen arrepentimiento de quien deja el bien comenzado; mas verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseverais os convirtiédeses á la verdadera justicia. El Presidente dijo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenázame con este fuego que en una hora se enciende y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, á cuyas llamas eternas seréis los malos condenados. Mas ¿por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ó lo otro, cual tú quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolacion con la confianza que en Dios te-

nia: tanto que el Presidente se espantaba de la alegría de su rostro y constancia de sus respuestas. Y luego mandó que un pregonero á grandes voces dijese, cómo Policarpo habia confesado tres veces que era cristiano. Lo cual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignacion dieron voces diciendo: Este es el doctor y padre de los cristianos de toda Asia, y destructor de nuestros dioses; este es el que enseña á muchos que no sacrifiquen ni adoren á los dioses. Y dicho esto, mandaron á Filipo leonero que echase un leon á Policarpo. El cual respondió, que ya no tenia aquel cargo. Entonces mudaron propósito, y todos á una voz dijeron, que fuese vivo quemado, para que se cumpliese la vision que habia visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo cual fué prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ó de cualesquier otros lugares comunes, y con gran lijereza encendieron una gran hoguera. Entonces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó á descalzarse los zapatos, que nunca dias habia se habia descalzado; porque era costumbre de los fieles y religiosos varones á porfia unos descalzar á otros, y Policarpo en esto y en todo lo demas, fué siempre reverenciado y acatado de todos, y queriendo los porteros afjarle con clavos á un madero, dijo Policarpo: Dejádme, que quien me ha dado esfuerzo para ofrecerme á ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y así dejados los clavos, solamente le ataron las manos por detras. Desta manera como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció á Dios sacrificio agradable, haciendo oracion en medio de las llamas con estas palabras: Dios padre del amado y bendito hijo tuyo Jesucristo nuestro Señor, por quien recibimos el conocimiento de tu majestad; Dios de los ángeles, y de las virtudes celestiales, y de toda criatura, especial señor de todos los justos de cualquier linaje que descendan, los cuales todos viven delante de tí, yo te bendigo, porque me has traído á esta hora en que sea particionero de las penas de los mártires, y de la pasion de tu Hijo, para gozar con él y con ellos en la resurreccion y posesion de la vida eterna, por la gracia de tu Espíritu Sancto, con los cuales me recibe hoy por sacrificio aceptable, pues has cumplido en mí tu voluntad, segun ántes tenias ordenado, y me la denunciaste; ca tú eres verdadero Dios en quien no hay falsedad ni mentira. Por tanto yo te alabo, y bendigo, y glorifico con el eterno pontífice Jesucristo tu agradable hijo; por quien y con quien tienes gloria con el Espíritu Sancto en los siglos infinitos de los siglos. Amen. Acabadas estas palabras y atizando el fuego los hombres condenados al fuego eterno, vimos maravillas todos aquellos á quien Dios tuvo por bien mostrarlas: de los cuales hay muchos vivos, guardados por el Señor para que dén dello testimonio á los que no las vieron. Estuvo la llama sobre el cuerpo del mártir levantada, y ondeando á manera de las velas sobre la nao, cuando con el viento se hinchan; y dentro de su seno parecia el cuerpo del sancto mártir Policarpo, no como carne quemada, mas como oro resplandeciente dentro del crisol. Allende desto, sentimos olor maravilloso, como de encienso sobre brasas ó de otra plasta olorosa. Por lo cual viendo los ministros de la maldad que sus carnes no se consumian, mandaron al verdugo que acercándose traspasase su cuerpo con la espada, contra quien el fuego habia perdido sus fuerzas. Y así fué hecho, y tanta san-

gre corrió que apagó la hoguera. Y el pueblo se fué atónito y corrido de ver tan grandes maravillas, y tan favorables á los nuestros. Tal fué y de tal manera acabó el admirable y escogido en nuestros tiempos, maestro apostólico, profeta, y sacerdote de la iglesia de Esmirna. De cuyas palabras, cuantas ántes habia dicho, muchas se cumplieron, y otras se cumplirán en el tiempo venidero.

Afrentado el envidioso de todo bien, y adversario de los justos, despues que vió al sancto mártir coronado por la excelente gloria de su confesion, y por sus singulares virtudes, procuró á lo ménos que sus reliquias no fuesen concedidas á los nuestros, que las deseaban para sepultarlas. Por esto provocó á Nicetas, padre de Heródes, que fuese al juez, y le requiriese que en ninguna manera permitiese que el cuerpo sea enterrado; porque por ventura los cristianos no dejen al que fué crucificado, y adoren á Policarpo. Viendo pues el capitán romano el coraje porfiado de los infieles, puso en medio el cuerpo, y hizole quemar; de donde nosotros cogimos algunos huesos afinados en el fuego, mas valerosos que preciosísimas perlas; y segun convenia solemnemente los enterramos. Y en el lugar de su sepulcro por la merced de Dios celebramos hasta hoy alegres fiestas, y copiosos ayuntamientos, mayormente el dia de su martirio. Y lo mismo hacemos celebrando las memorias de los otros sanctos mártires, que ántes dél padescieron: para que los corazones de los descendientes se animen á remedar la virtud y fortaleza de sus mayores. Hasta aquí se escribió en la sobredicha carta el martirio de Policarpo.

Despues hicieron relacion de los otros mártires, especialmente de doce que habian venido de Filadelfia á Esmirna; y de Metrodoro, sacerdote de la herejia de Marcion, y convertido á la verdadera fe; el cual fué quemado. Y entre otros se hace gran cuenta de Pionio: de quien refieren perseverante constancia á todas las preguntas del juez, y maravillosas pláticas hechas al pueblo por nuestra fe; y cuán sin temor se opuso siempre á los jueces, enseñando y disputando hasta el mesmo tribunal; y cuanto esfuerzo puso por sus amonestaciones á los que en presencia del juez titubeaban; y cómo estando en la cárcel animaba al martirio á los hermanos que le visitaban; y cuántos tormentos pasó en su coronacion, ca fué hincado con clavos y puesto sobre fuego ardiendo; donde hizo principio á la vida bienaventurada, y fin á esta miserable.

CAPITULO XXVII.

Consideracion sobre las gloriosas batallas y victorias de los sanctos mártires que aquí se han relatado.

Agora será razon filosofar sobre estas tan gloriosas batallas que aquí habemos contado, para conocer por ellas la verdad y firmeza de nuestra sancta fe, y la virtud de la divina gracia, y la eficacia de la redempcion de Cristo, con la cual ellos tan valerosamente pelearon y vencieron; y sacar de aquí ejemplos de paciencia, y confusion de nuestros regalos, y conocer el engaño de nuestras vidas, pues no queremos comprar la gloria perdurable con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndola comprado los sanctos mártires con el despedazamiento de sus cuerpos.

Sentencia es comun de filósofos, que del maravillarse los hombres de las cosas notables que veian en las obras de naturaleza, como eran los eclipses del sol y de la

luna, y otras cosas tales, vinieron á filosofar y inquirir las causas dellas, y estas halladas, hicieron sciencia; porque sciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martirios que aquí habemos relatado, hay tan grande materia de admiracion, que ningun hombre habrá tan insensible, que no quede atónito viendo esta manera de padecer. Porque ¿cuándo jamas dende el principio del mundo se vieron personas padecer con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegría, con tal libertad de palabras, con que encarnizaban los jueces contra sí, y con tan gran deseo de padecer, que ellos mismos muchas veces se ofrecian á la pasion? Y si esto fuera solamente en alguna genté bárbara y bestial, que no teme la muerte, no fuera tanto; mas esta persecucion fué general en todas las naciones y ciudades del mundo, y señaladamente en las mas principales, como eran Roma, Alejandría, Antioquia, Nicomedia, y otras tales. Y si en esta persecucion padescieran solos hombres robustos, no fuera tan grande la admiracion; mas aquí habemos visto padecer viejos ya decrépitos, y mochos de poca edad, y mujeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas, y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentian mas que la muerte.

Dice Aristóteles que la postrera de las cosas terribles es la muerte, la cual naturalmente aborrecen y huyen cuantos animales Dios crió; pero mucho más la aborrece y siente el hombre, por tener las carnes mas tiernas, y la imaginacion mas viva para aprehender el daño y sentimiento del dolor, y perder con la muerte, no solo la vida, sino tambien todo cuanto posee con ella. Por lo cual si un hombre está sentenciado á muerte (aunque sea una simple manera de morir, como es ser degollado, etc.), no hay trabajo, no hay peligro, no hay costa, no hay camino á que no se ponga, aunque sea cercar la mar y la tierra, y desamparar casa, hacienda, mujer y hijos, por escapar della; porque esto le enseña, y á esto le mueve la misma naturaleza. Pues aun otra cosa hay sin comparacion mas terrible que la muerte: que son las invenciones de tormentos que los tiranos inventaban para vencer la constancia de los sanctos mártires; porque no pretendian matar, sino atormentar; no dar una muerte, sino muchas; no atormentar una sola parte del cuerpo, sino todos los miembros dél. Y con ser el cuerpo humano tan sensible, que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos atizados por una parte por el demonio, que moraba en sus pechos, y por otra corridos y avergonzados de verse vencidos de mujeres flacas, y embravescidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y géneros de tormentos para un solo cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿qué maravilla es esta, que las mujeres, y las tiernas doncellas, sin ser llamadas, corran á los tormentos como á las bodas, y procuren estrenar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quién padecerá primero, y que se queje la virgen Eufemia porque, siendo ella noble de generacion, martirizasen á otros primero que á ella? Pues ¿qué nueva gente es esta? ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? Dónde la fuerza del amor propio? Dónde el temor natural de la muerte, que todas las criaturas temen? ¿No eran estos cuerpos de la misma condicion que los nuestros? No eran tan sensibles como ellos? ¿Qué veias, mártir glorioso, cuando entre las pe-

nas estabas mas fuerte que tus penas; y encarcelado, mas libre que los que te encarcelaban; y caído, mas levantado que los que estaban en pié; y atado, mas suelto que los que te ataban; y juzgado, mas alto que los que te sentenciaban? Las heridas tenias por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corria, por púrpura real, y el martirio, por un gratisimo sacrificio que ofrecias á tu Criador. Y tú, virgen delicada, ¿quién te armó con esa tan grande fortaleza; que fueses mas fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo, tu fe estuviere entera, y consumidas las carnes, no se menoscabase tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu ánima no pudo ser vencida. Desfalleció la substancia, mas perseveró la paciencia. Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado romano, que pudo tener el brazo sobre una hacha encendida por un breve espacio: pues ¿cuántos millares de hombres y mujeres les darémos en todas las edades y condiciones de gentes, los cuales, no un brazo, sino todo el cuerpo, despues de rasgado con garfios de hierro, fueron asados en parrillas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabase la vida? Pues ¿cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo, no tuviese alguna nueva causa de do procediese? ¿Cómo es posible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? ¿Cómo puede ser que cosa tan sobre toda naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues segun doctrina de filósofos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues ¿qué cosa mas sobre todas las leyes de naturaleza, que esta voluntad y deseo tan encendido de padecer? ¿Cómo era posible que una doncella de trece años, como fué Sancta Olalla, padesciese tantos linajes de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia, y lo que mas es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Espíritu Sancto? ¿Cómo era posible que una madre (cual fué Sancta Felicitas, y otra por nombre Sinforosa) viese cada una despedazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres los estuviesen esforzando y animando al padecer, y despues ellas padesciesen, habiendo primero apascentado sus ojos en este tan extraño espectáculo? ¿Qué fe era esta? ¿Qué luz era esta? ¿Dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen á los hijos, y mas tales y tantos hijos? El patriarca Abraham estuvo aparejado para sacrificar un hijo que tenia; y estimó Dios en tanto esta devocion y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo. Pues si tan grande cosa fué ofrecer este patriarca un solo hijo á Dios, ¿qué será una madre ofrecer siete hijos, y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de un hijo, ¿cuánto fué vencer siete amores de siete hijos, pues está claro que á cada hijo correspondia su propio amor en el corazon de la madre? Y si es tan celebrada la madre de los siete macabeos (a), que esforzaba sus hijos al martirio, ¿qué ménos merecen estas dos madres del Nuevo Testamento, que hicieron lo mismo? Y si está claro que no pudo aquella madre beber aquel cáliz sin especial favor y socorro de Dios, ¿cómo podrémos á estas madres negar lo mismo? Séneca tiene por averiguado, que ningun hombre puede ser de verdad virtuoso sin favor especial de Dios: *Nulla mens bona sine Deo est*, dice él. Y Tulio dice, que nunca hubo hombre señalado en

(a) 2. Mac. 7.

proezas, que no fuese para ello soplado y ayudado de Dios. Pues ¿qué virtudes, qué proezas puede haber en el mundo que vengan á cuenta con esta tan admirable fe, y constancia, y grandeza de ánimo, y esto en corazones de madres y de doncellas? Pues si (segun el testimonio destes sabios) ni aquellas virtudes, ni aquellas grandeas de hombres señalados se podian ejercitar sin particular favor y sopló de Dios, ¿cómo pudieran subjectos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin comparacion mayores? Porque es cierto que todas las grandeas que se escriben en las historias profanas, apenas merecen nombre de sombra, comparadas con estas. Pues ¿qué dijeran, qué escribieran estos dos tan señalados autores, si les cayera esta materia en las manos? ¿Con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué ejemplos y comparaciones amplificaran y engrandescieran estas virtudes tan admirables? Séneca gasta muchas hojas de escriptura encaresciendo aquella respuesta de Estilbon, filósofo, el cual despues de saqueada y destruida su ciudad, preguntado por el capitán Demetrio, si habia perdido algo en aquel saco, respondió que nada habia perdido, porque todos sus bienes llevaba consigo; entendiendo por estos bienes la filosofia, de que no podia ser despojado. Pues ¿qué hiciera este autor, si se pusiera á escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras vírgines en medio de tantos tormentos, por no quebrantar la fe y lealtad que debian á su verdadero Dios y Señor? Pues por esta causa dije al principio, que recelaba tratar esta materia, por ver cuánto sobrepuja la alteza della á la rudeza de nuestras palabras. Porque, como dice Sant Hierónimo (b), los flacos ingenios no son para tratar grandes materias, y cuando las quieren acometer, caen á medio camino con la carga; y cuanto fueren mayores las cosas que quieren engrandecer, tanto mas se ahoga el que no halla palabras con que las pueda explicar.

Y lo que es aun de mayor admiracion, y mas declara el poder de la gracia, es ver esta misma virtud y fortaleza en un linaje de gente tenida por la mas desgarrada y perdida del mundo, que son soldados y gente de guerra; porque sabemos que muchos destes en diversas partes fueron martirizados. De cuarenta hecimos mencion poco há, que fueron condenados de una nueva manera á morir de frio; pero estos fueron pocos. Otra vez fué una legion entera de soldados por mandado de Maximiano martirizados; la cual legion contiene seis mil seiscientos y sesenta y seis soldados. Y es aquí mucho de considerar, que aquel tiranno, por no menoscabar tanto su ejército, mandó que de cada diez soldados degollasen uno para poner miedo á los otros. Y esto hizo por dos veces. Mas los gloriosos caballeros de Cristo competian entre sí sobre quién primero recibiria la corona del martirio. Y visto que ni con esto desistian de su firmeza, mandó que todos los que quedaban fuesen por el ejército despedazados; y así lo fueron. Pues ¿quién podrá aquí dejar de maravillarse, y de alabar á Dios por tal martirio? ¡Oh gloria de Cristo! ¡Oh gloria de la gracia de su Evangelio, que hizo de piedras hijos de Abraham (c), y de soldados mártires y sanctos; porque no sufrieran martirio si no lo fueran, y no podian dejar de amar á Dios mas que á su propia vida, pues la pusieron por él. Y andando en el ejército entre soldados gentiles, idólatras y perversos, pudieron conservar no solo la sinceri-

(b) Hieron. in Epith. Nepot. (c) Matth. 3.

dad de la fe, sino tambien el fuego de la caridad y la pureza de la vida. ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (d) que no se confundia de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud, y poder de Dios, para hacer salvos á los creyentes!

Pero aun pasa el negocio mas adelante. Porque otra vez en tiempo del emperador Adriano, fuéron sentenciados, no una solo legion, sino diez mil soldados juntos, á que padesciesen el mismo linaje de muerte que padesció el Señor por quien padescian: los cuales todos en un mismo dia recibieron la corona. Pues ¿qué cosa sería tan gloriosa, ver entrar en este dia diez mil gloriosísimos caballeros, con sus palmas triunfales en las manos, y con las insignias y señales de su Redentor, en aquella ciudad celestial? ¿Qué recibimiento allí se les haría? ¿Con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darian el parabien de su venida, y los admitirían á su gloriosa compañía, y presentarian ante el trono de aquel Señor por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hacia tan grande fiesta cuando venia un capitán vencedor de alguna insignia ciudad, ó provincia, y se rompian los muros para recibir al vencedor, y él venia en un carro triunfal acompañado de muchas gentes, ¿qué fiesta se haría en el reino de los cielos, cuando entrasen en él, no uno, sino diez mil triunfadores juntos, vencedores, no de una ciudad ó provincia, sino de todo el poder del mundo y del infierno? Esto puede así referir; mas ¿quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré á esta, de mucho mayor admiracion, la cual refiere el autor que escribió el Teatro de las Ciudades del mundo. Este pues dice, que en sola la ciudad de Leon de Francia fuéron martirizados diez y nueve mil mártires, y fué tanta la sangre que ahí se derramó, que el rio Araris que por ahí pasaba, iba teñido de sangre; por lo cual se le mudó el nombre, y hoy dia se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragon infernal encendía en los corazones de los emperadores para extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los mártires en la confesion de la fe.

Pues volviendo al propósito principal, y concluyendo esta materia, decimos que este es uno de los grandes testimonios de la verdad de nuestra fe, ver que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades, y estados, y condiciones de gentes, pusieron las vidas por la confesion desta verdad. Y cuanto mas atroces y crueles tormentos por esta causa padescieron, tanto es mas esclarecido y mas firme este testimonio, y tanto mas abiertamente se conoce que no era posible perseverar un cuerpo humano entre tantas maneras de tormentos, acrescentados unos sobre otros, si no tuvieran aquellas armas de la fe, y esperanza, y caridad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confesion desta verdad, síguese que ya no solos los mártires con su sangre, sino Dios tambien con su favor y asistencia es testigo dello.

De lo cual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una, que poco há apuntamos, que es haberse predicado el Evangelio, y extendiéndose el reino

(d) Rom. 1.

de Cristo por todas las naciones del mundo, segun los profetas denunciaron, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires; la otra, que se habian de reformar las vidas de los hombres en su venida: conviene á saber, que los hombres fieros y silvestres (cuales eran todos los que servian á los ídolos) se habian de hacer puros y santos. Lo cual se ve no solo en la sanctidad de aquellos millares de monjes, que en aquel tiempo florecieron en todo género de virtudes, sino tambien en esta admirable constancia de los mártires. Porque (como ya dijimos) imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor y temor de Dios. Lo cual se conoce por lo que cada dia vemos, y lloramos, que es negar tantos cristianos la fe de Cristo, cuando se ven cautivos en tierra de moros. Y esto no por temor de tales tormentos, cuales eran los de los mártires, sino por solo ahorrarse la pena del cautiverio, y vivir con un poco de mas largueza. Pues así como la flaqueza destes miserables nos da á entender la flaqueza y poco fundamento de su virtud (pues tan fácilmente se rindieron), así por el contrario, la inestimable fortaleza y constancia de los mártires, nos da á conocer la firmeza de su virtud: la cual con tan recios encuentros y combates, repetidos unos sobre otros, nunca pudo ser vencida.

CAPITULO XXVIII.

De cómo cuasi todos los emperadores que persiguieron la fe y religion cristiana, acabaron desastradamente; y los que la honraron, fuéron en todas las cosas ayudados de Dios, y prosperados.

No deja de ser tambien grande testimonio de la verdad de nuestra fe, ver que cuasi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron y abrazaron, fuéron prosperados en sus reinos y imperios. Y digo cuasi todos, y no todos, porque (como dice Sant Augustin) (a) de tal manera se há la divina Providencia en la gobernacion deste mundo, que ni castiga en esta vida todos los malos, ni deja de castigar muchos dellos. Porque si castigara á todos pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra; y si á ninguno castigara pudieran imaginar que no habia Providencia que tuviese á su cargo las cosas humanas. Por eso la sabiduría divina (que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas) algunas cosas castiga poderosamente, para que vean los hombres que hay Providencia (mayormente las que son tan exorbitantes, que ellas mismas están clamando á Dios, y pidiendo venganza), y otras deja por castigar, para que entendamos que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en esta. Lo cual se ve en algunos de los emperadores, que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aquí su merecido. Pero como esta crueldad y maldad era tan grande, no consintió la divina justicia que quedasen otros muchos sin castigo, aun en esta vida. En lo cual maravillosamente resplandece la divina Providencia, que usaba de los tiranos como de ministros y instrumentos para fundar la fe de su Iglesia con la sangre de los mártires, y para hermohear el cielo con este gloriosísimo ejército dellos. Porque si no hubiera tiranos, no hubiera mártires; si no hubiera Decio, no hubiera Laurencio; si no hubiera Daciano, no hubiera Vincencio; y si no hubiera Heródes, no hubiera mártires inocentes. Mas despues de haberse ser-

(a) De Civit. Dei lib. 1. cap. 8. t. 5.

vido dellos en este ministerio, dábales tambien aquí su merecido, como lo hizo con Nabucodonosor, del cual usó como de vara (segun lo llama Esaías) (b) para azotar á su pueblo; mas acabado este oficio echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó y puso por tierra todo su imperio. Pues lo mismo hizo cuasi con todos estos tiranos, de los cuales unos fuéron arrebatados por estos demonios, otros se mataron con sus propias manos, otros fuéron despedazados por bestias fieras, otros murieron comiéndose las manos á bocados, otros ahogándose en los rios, y otros de otras maneras. Así leemos el martirio de Sancta Eufemia, noble virgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la cárcel, fué luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló fué luego muerto por un leon, y la noche siguiente el juez que la sentenció se mató comiéndose á bocados, y lleno de furor; lo cual movió á muchos de los infieles, así judíos como gentiles, á ser cristianos.

Asimismo cuasi todos los reyes y emperadores que martirizaron los santos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los cuales el primero fué Heródes, el cual por matar al niño Jesus mató los inocentes, cuya enfermedad y muerte fué terribilísima, como escribe largamente Josefo (c), y en cabo despues de habersele saltado los ojos, en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos y se mató, mandando ántes matar el tercero de los hijos, despues de haber muerto á dos dellos (d). El segundo Heródes, que degolló á Santiago, y tuvo preso á Sant Pedro, fué herido por un ángel, y murió comido en vida de gusanos, como escribe el mismo Josefo, y Sant Lucas (e). El tercero perseguidor de la Iglesia, que fué Neron (el cual martirizó á Sant Pedro y Sant Pablo), viendo que no podia escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró de ese trabajo, matándose con sus manos. El cuarto, que fué Domiciano, que desterró á Sant Juan Evangelista, fué muerto á manos de los suyos. Valeriano, cruel perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el rey de los persas, el cual lo prendió, y mandó sacar los ojos, y se servia dél para poner sobre él los piés cuando cabalgaba. Aureliano fué muerto por manos de los suyos. Decio, que martirizó á Sant Laurencio, él juntamente con sus hijos fué muerto. Diocleciano, cruelísima bestia, el cual se hizo adorar por dios, vino á tan gran perdicion y desatino, que le fué forzado dejar la corona y el sceptro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano su compañero tambien lo dejó, y vivía como él, y aun así no le fué concedido vivir; porque Majencio su hijo, que se queria alzar con el imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno; y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traicion; lo cual fué sabido, y por ello castigado con la muerte, y con deshonor y infamia, ca sus estatuas y medallas fuéron mandadas raer do quiera que estaban, y los títulos de las casas públicas, que dél habian tomado nombre, se mandaron mudar. Pues Majencio su hijo, heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro y disposicion divina murió; porque habiendo armado una puente falsa sobre un rio cabe Roma, para que llegando el emperador Constantino á ella se hundiese en el rio, él como desatinado, no acordándose de lo que habia tramado, puso las piernas al caba-

(b) Esai. 10. (c) Antiquit. Judaic. lib. 17. cap. 9. et 10. (d) Idem lib. 16. c. 15. (e) Lib. 19. c. 7. Act. 12.

llo, y pasando por la misma puente cayó y se ahogó. Maximino, tambien cruelísimo perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su ejército entre los aguadores; por lo cual indignado contra los agoreros, que les prometian la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravísima enfermedad, hinchándosele y pudriéndosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco á poco se extendia por él, sin otras que tenia derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenia hedor tan terrible, que ningun hombre, ni los mismos cirujanos podian llegar á él. Y viendo que sus médicos no le podian remediar, ni hacer algun beneficio, ántes huían dél por su abominable hedor, mandó matar muchos dellos; entre los cuales llegó á él uno, mas para ser degollado que para curarle, y movido por especial instinto de Dios le dijo: ¿Por qué yerras, Emperador, pensando que pueden los hombres estorbar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuérdate cuántos males has hecho á los siervos de Dios, y de cuánta crueldad has usado contra sus honradores, y así sabrás á quién has de pedir remedio; porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de médicos. Entónces comenzó Maximino á conocer que era hombre, y trayendo á la memoria sus males, confesó que habia errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y conociendo entónces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con afligida muerte á su mala vida.

Licinio tambien que imperaba en Oriente, en tiempo de Constantino, que no ménos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecesores, levantándose contra Constantino, fué por él muerto en batalla. Despues destes Juliano Apóstata (que con otras nuevas artes hizo mas cruel guerra á la Iglesia) acabó en pocos dias su imperio y su vida, muerto en la guerra contra los persas, dejando el ejército en grandísimo peligro, sin que nada le valiesen ni sus dioses ni sus agoreros y encantadores en quien tenia toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los católicos, en una batalla contra los godos fué por ellos desbaratado, y escondiéndose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y así murió como sus obras lo merecian.

Estos fuéron los fines y desastres de todos aquellos que tomaron armas contra la religion cristiana: lo cual no es pequeño argumento de la verdad y sanctidad della.

Y el mismo argumento se confirma con la prosperidad y victorias de los emperadores que la honraron y reverenciaron. Entre los cuales el mas señalado fué el emperador Constantino; el cual de tal manera honró á Cristo, y de tal manera fué por Cristo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hacer servicios á Cristo, y Cristo en hacer mercedes á Constantino, á quien todas las cosas sucedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres emperadores que se levantaron contra él, que fuéron Maximino, Licinio y Majencio. Despues destas victorias conquistó en sus propias tierras á los sármatas y godos, y sojuzgó á todas las naciones bárbaras, fuera de aquellas que ántes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendian, porque cuanto él mas humildemente se subjectaba á Dios, tanto mas